

Holton, Isaac F. (1812-1874)

La Nueva Granada. Veinte meses en los Andes (1857)

En El Banco observé algo muy curioso, un larguísimo desfile de hormigas, cada una cargando un pedacito de hoja en la boca. En realidad esta descripción es demasiado desteñida: lo que vi fue una trocha en la hierba, de unas seis pulgadas de ancho, tan trajinada como podría estarlo un sendero de ovejas en Cumberland. El caminito estaba atestado de viajeras acuciosas, unas viniendo de casa, otras regresando con un pedazo de hoja de media pulgada cuadrada. Seguí la trocha para conocer el hormiguero y fue muy curioso ver cómo el camino pasaba por debajo de troncos, piedras y breñales hasta internarse en el monte. Caminé mucho tiempo pero tuve que renunciar a encontrar el hormiguero. A estas hormigas las llaman arrieras —el masculino de esta palabra designa al hombre que conduce bestias de un lugar a otro— y son una peste terrible. Existe la creencia de que los animales que se alimentan de hormigas rechazan esta especie debido a que tienen cuatro antenas fuertes y muy agudas. Las arrieras pueden transportar, cada una, un grano de maíz, y estoy seguro de que una colonia hace desaparecer cargas enteras. ¡Pobre del naranjo que ellas decidan atacar! La mejor y tal vez la única defensa posible, es rodearlo de agua. Algunas personas llegan hasta rodear con una quebrada la casa amenazada por las arrieras, pero otros simplemente caen en la desesperación ante semejantes invasiones domiciliarias que violan abiertamente la Constitución del 48, pero contra las cuales no hay arquitectura ni medida que valga.

Una vez estaba sentado por la tarde en una casa cerca a Tuluá, cuando me pareció ver algo blancuzco que se movía por el suelo; fui a investigar de qué se trataba y vi un riachuelo de arroz que nacía en una tinaja que estaba debajo de la cama; cada arriera llevaba un grano de arroz, por lo cual mucho antes del amanecer habrían desocupado la tinaja porque estas diligentes ladronas trabajan noche y día, sin parar ni siquiera los domingos. La única esperanza de salvar el arroz fue colgar el botijo del techo con una cuerda de cerda haciéndole el nudo que los marineros llaman lazo de perfecto amor. Pero el botijo se cayó, se quebró y las hormigas

se llevaron todo. Lo que realmente me sorprende es que un enemigo tan invencible no cause más estragos a su alrededor.

Observé una fila de arrieras que cruzaba un sendero y, claro, muchas morían aplastadas bajo los pies de los amos de la creación, quedando la carga abandonada porque ninguna hormiga recoge la que llevaba otra. Descubrí también que si se les quitan las antenas pierden el sentido de orientación. No sé si es por el olfato o por otro sentido que se orientan, pero en todo caso no es por el de la vista. Hice el ensayo de borrarles el camino con un poquito de grasa de chocolate, tan pequeño que no era obstáculo insalvable para las patas y apenas tan extendido como la longitud del cuerpo de una de ellas. A cada lado de la grasa se acumularon centenares y estaban completamente perdidas, aunque casi se podían tocar con las antenas. Por fin, alguna émula de Colón dio el ejemplo: por donde ella cruzó, cruzaron todas y se restableció el camino.

.....

La acequia que riega el jardín y suministra agua a la cocina lleva también el agua a un baño, que es simplemente una alberca honda y cuadrada, cavada en el suelo del jardín. La idea de meterme en el agua a esta temperatura era suficiente para ponerme a tiritar. El señor Caldas intentó alguna vez ahogar un hormiguero que había en el jardín inundándolo con el agua de la acequia, pero el hormiguero se tragó el agua y no pasó nada; las hormigas siguieron devorando las hojas como antes y no se ahogaron. ¿Qué se hizo el agua? El misterio se despejó cuando vimos que un cuarto de milla más abajo brotaba toda el agua de la acequia por un desagüe que las enemigas habían construido para una emergencia semejante. Entonces el señor Caldas puso a dos trabajadores a cavar en busca de la reina, un ser deforme de más de dos pulgadas de largo, incapaz de moverse y cuyas facultades están concentradas todas en las labores de reproducción. Los hombres cavaron dos días seguidos y posiblemente la mataron sin darse cuenta, porque después de que renunciaron a encontrarla, las hormigas se acabaron.

.....

Me interné en el bosque durante mucho rato antes de encontrar un sendero que fuera en la dirección deseada, y de pronto, estando parado sobre un montón de tierra negra, sentí que algo me picaba. El piso estaba repleto de hormigas y estas me estaban atacando los

pies en todos los sitios que los alpargates dejaban descubiertos. Corrí varios metros, me detuve y vi que el lugar estaba todavía infestado de hormigas, por lo cual corrí más hasta un sitio despejado donde pude deshacerme de mis verdugos. Pero afortunadamente las picaduras no me hicieron daño. Por último llegué hasta el borde del agua, que está rodeada de pantanos, cuya consistencia me hizo pensar que la ciénaga era como esas “lagunas sin fondo” de la Nueva Inglaterra. Pero estaba equivocado; aquí el agua nunca tiene más de tres pies de profundidad. Encontré una sagitaria que se me pareció a esa vieja conocida, la *S. variabilis*. Había muchísimos nenúfares de los que ya mencioné y abundancia de plantas raras.